

La muerte de una vaquilla a golpes en Alhaurín el Grande reabre la polémica sobre el maltrato en los festejos taurinos populares

ISABEL F. BARBADILLO



Hasta el taurino más acérrimo sabe que no es lo mismo hacer un quiebro a un toro que quebrar al animal hasta desconyuntarlo

ción nacional como la de las comunidades autónomas, que excluyen el contacto directo con el animal o participar en los recortes taurinos en condiciones físicas y mentales deficientes. En el vídeo de Alhaurín se veía de todo, incluso a un chico saltando la vaquilla como si de un potro se tratara.

Los más denunciados

La sensibilización social hacia el maltrato animal va ganando adeptos. Lejos quedan algunas tradiciones seculares como la de la cabra, en la localidad zamorana de Manganeses de la Polvorosa, los gansos de Lekeitio o algunos toros embolados que, en el País Vasco, por ejemplo, se van sustituyendo por vaquillas de cartón con fuegos artificiales.

Las prohibiciones han transformado en peluche la cabra que desde el campanario de Manganeses se tira sobre una lona, aunque hay quien insiste en que la cabra la arrojan ahora a altas horas de la madrugada, con premeditación, nocturnidad y alevosía para deleite de un reducido número de bárbaros. El Día del Ganso en Lekeitio (Vizcaya), al igual que la fiesta en la que se corre el gallo en Guarrate (Zamora), también han experimentado notables modificaciones. Desde 1986 las aves se colocan muertas para disfrute de los que quieren conservar la tradición sin segarlas el cuello en vivo.

Correr el gallo en Guarrate es una fiesta ancestral que consiste en colgar a este ave para que la gente pase a su lado y le eche la culpa de todos sus males a través del recital de unas 'relaciones' (poemas). Cuando cada persona termina de contar sus penas, un jinete le pega al gallo (ya muerto) con una espada, siempre en el último domingo de enero.

La costumbre marinera de coger los gansos en Lekeitio tiene una tradición docu-



▲ **Lekeitio.** Un joven intenta arrancar el cuello al ganso (muerto) en las tradicionales fiestas de esta localidad vizcaína. :: R. C.

▼ **La cabra de Manganeses.** Ha sido sustituida por un peluche. Se arroja desde el campanario. :: R. C.



mentada de tres siglos y medio. Una cuerda es atada a un extremo del puerto y en la otra punta un grupo de hombres tira de ella. En medio de la cuerda se ata un ganso muerto. Las cuadrillas del pueblo deben trasladarse hasta el ganso, agarrarle del cuello y los hombres tensan la cuerda. De esta manera se eleva al ganso con la persona sujeta al cuello del cadáver del animal con el objetivo de arrancárselo. Más de 70.000 personas lo presencian cada año.

La realidad, sin embargo, camina a paso lento. Uno de los eventos más criticados por las protectoras de animales es el Torneo del Toro de la Vega, en Tordesillas (Valladolid), declarado en 1980 fiesta de interés turístico nacional. El festejo, que congrega en la primera semana de septiembre a más de 35.000 aficionados y simpatizantes, ha sido denunciado en el Parlamento Europeo, institución que ha devuelto la pelota al tejado de las administraciones españolas. Decenas de lanceros intentan abatir al morlaco de un golpe certero, pero antes la res, recién salida del aire libre y silencioso de la dehesa, ha debido enfrentarse al estrés del bullicio y a las picas de los cientos de caballistas que se apuntan al torneo. El público crece cada año en asistentes, pero también la presencia de los ecologistas para protestar por la fiesta que consideran una «verdadera barbarie».

El rito hunde sus raíces en el siglo XV. El Patronato del Toro de la Vega vela porque se mantenga intacta y se cumpla la normativa que concede a toro y a lanceros «igualdad de oportunidades» para medir sus fuerzas en el antaño denominado campo de honor. Jesús López Garañeda, socio del Patronato, reniega del «exhibicionismo de bondad» del que alardean, a su juicio, las organizaciones ecologistas. A ellas les atribuye, precisamente por airear el festejo, el mérito o inconveniente de que cada año aumente el número de asistentes, hasta el extremo de que se están planteando tomar medidas. «Es tal la aglomeración que estamos estudiando imponer 'numerus clausus'». La masificación, añade, puede desnaturalizar el rito. «Es un torneo medieval perfectamente reglamentado, lo que ocurre es que si el descabello falla, ya sale en el vídeo», explica con el mismo lamento con el que recuerda que, desde hace unos años, al toro ya no se le cortan los testículos, que el lancero ganador recibía como premio y exhibía por la muy ilustre, antigua, coronada y nobilísima villa, títulos que ostenta

Conciencia y crisis reducen los eventos

Encierros, suelta de vaquillas, becerradas y festejos mixtos caen. El número de eventos taurinos alcanzó en 2009 la cifra de 5.901, el 22% menos respecto a 2008. Los denominados festejos mayores (corridos de toros, novilladas y rejones) también se redujeron y se quedaron en 1.848, un 16,68% menos.

El portavoz de Ecologistas en Acción, Teo Oberhuber, no echa las campanas al vuelo. La crisis económica es la culpable de esa disminución de actividades taurinas que merman las arcas municipales, pero algo tiene

que ver el aumento de la conciencia social. «La batalla está ganada con el tiempo. Muchas personas prefieren que en sus pueblos programen actos lúdicos culturales, en lugar de vaquillas», afirma. Los argumentos, dice, los ofrecen las encuestas. La gente va menos a los toros, empieza a cultivar otras aficiones. Él mismo se contesta a la pregunta de por qué sobreviven. «Porque los subvencionan las administraciones. Si los ayuntamientos no los financiaran, no se celebrarían. Todo cambia», concluye esperanzado.

el municipio vallisoletano, de unos 9.000 habitantes. «Es símbolo de virilidad, ¿qué más da cortárselo si ya está muerto?».

Menos han progresado las fiestas con toros embolados que en verano celebran más de 140 pueblos de Teruel, Tarragona, el delta del Ebro y Castilla y León. El máximo y más denostado exponente es la tradición del Toro Jubilo de Medinaceli (Soria) en noviembre. La diversión consiste en colocar sobre la testuz del toro un artilugio metálico con unas bolas de material inflamable a las que se prende fuego por la noche. Ni que decir tiene que los toros corren desprovistos con las llamas en su cabeza y, aterrados, arrasan con lo que se topan. Al derretirse, la materia encendida les provoca quemaduras en los ojos y en otras partes del cuerpo. Lo único que ha cambiado es que ya no se le tiran cohetes para asustarlos aún más.